

2700  
1200  
1500  
1200  
1500

New York, Abril 12 / 98.

Sr. D<sup>no</sup>

R. H. Todd.

Estimado amigo.

Contesto su oferta del 4 del cor<sup>te</sup>, y entro de lleno al punto cardinal de ella, que es solo uno, y de mucha importancia.

Para aplicar el escarfulo a la vida pública y privada de mi buen amigo el Dr. Henna, se necesita que el que lo toma en la mano para emprender tan delicada empresa, sea un neutral y no un yo, que solo tengo para Henna palabras p<sup>a</sup> ensalzarlo, no por el verdadero cariño que como viejo amigo le profeso, sino porque no merece otra cosa de la comunidad, el hombre honrado, leal, puntual, caritativo, de generosidad sin límites, quien desde muy joven vivió siempre en su práctica suspendida sobre su cabeza la espada de Damocles por sus avanzadas ideas liberales.

Sabido es que el Doctor Henna pertenece a una de las principales familias de la ciudad de Ponce.

Su padre, súbdito inglés, fue uno de los hombres más respetados y queridos en Ponce, no solo porque (como decimos por allá) era el pano de lágrimas de todo el necesitado, sino por su fortuna que era muy respetable, por sus intachables principios morales y por su título de nobleza (Sir) el cual nunca quiso hostentar, porque siempre decía, - y con mucha razón, - que necesitaria dos capitales, uno para hacer honor al título, y otro para el sostenimiento de una muy numerosa familia de la cual solo salió Julio, como el único varón, para llevar su nombre. Las ideas republicanas que desde muy niño demostró Julio, le fueron inculcadas por su padre, quien no cesaba de predicar a la juventud de entonces doctrinas liberales, y que al morir, muchos años después, vio con satisfacción que aquellas semillas que con tanta asiduidad sembró en aquellos cerebros que entonces eran solo "Campos de soledad, místicos collados," se habian ya convertido en "Italia famosa." Julio recibió su educación en la isla dormida de St. Thomas: a la edad de diez y ocho ~~veinte años~~ regresó a Puerto Rico, y fueron tan bien aprendidas por él las lecciones de su padre, que a los veinte tuvo a bien el general Sanz, entonces

gobernador de la isla, enviarlo al destierro, en donde  
aun permanece y permanecerá, mientras ondee en  
Puerto Rico el pabellon de España, pues mi il mi  
aquellos que entonces escuchamos sus palabras,  
hemos olvidado que nos dijo al despedirse de nosotros.  
— "Hoy dejo mi patria, y pero no volver á ella á  
menos que sea independiente ó venga á ayudar á  
libertarla." Y si hay alguno de nosotros que por  
treinta años haya cumplido una promesa igual,  
ha sido el Doctor Henna: y para que hoy se sepa,  
pues ya han muerto muchos de los que presenciaron  
un acto de generosidad y fratricidio fuere comun,  
quiero que sepan mis compatriotas que meses des-  
pues de haber llegado á este país y cuando se proyectaba  
una expedición filibustera á Puerto Rico por Betances, Basora  
y algunos otros puertorriqueños aquí establecidos, al pregun-  
tarse en una reunion convocada para el caso, (reunion q.<sup>a</sup>  
jamás olvidaré) con cuanto se suscribia cada uno de  
los concurrentes, al llegar el turno á Julio Henna, se  
puso de pie, y con voz temblorosa por la emocion q.<sup>a</sup> le  
embargaba, dijo estas palabras: — "Señores, son dos  
cosas las que doy para mi patria; mi vida que á ella le  
pertenece, y todo el dinero que me ha dado mi padre pa-  
ra estudiar una profesion. Si algo más tuviera, eso más daría."

Aprecie V. bien, amigo, el mérito de la oferta, y comprenderá y  
si entonces no se esculpieron sobre el mármol las hermo-  
sas frases de aquel joven patriota para eternizarlas, se gra-  
baron tan profundamente en el corazón de sus compatriotas  
allí reunidos, que serán siempre afianzadas mientras  
viva el último de aquellos que las escucharon. ¡Y cómo ol-  
vidarlas! Julio Genoa, el muchacho lleno de vida, de  
amores e ilusiones, ofreciendo a la patria esa vida, esos  
amores, esas ilusiones, su porvenir. ¡Su todo! hasta el  
llamamiento de la amante para correr al llamamiento  
de la patria! — Estas palabras, dichas en aquel mo-  
mento por el hombre pensador y calculista que al pensar  
de sus compatriotas refirió del momento un algo, no hubie-  
rían producido la impresión que dichas por un joven  
que, al ofrecerlo todo, no esperaba otra recompensa, que la  
realización de un sueño dorado; — la independencia de  
su patria. — Frustrados entonces los esfuerzos que se  
hicieron para fomentar la revolución en Puerto Rico, se  
dedicó Julio a estudiar la medicina; y cuando tres años  
después recibió su título de Doctor en medicina y cirugía,  
partió a Francia a validarlos, practicando dos años en  
los hospitales de París. Poco después regresó a este país,  
en donde por sus méritos profesionales y por su patrio-  
tismo sin medida, se ha hecho uno de los compatriotas  
que hacen honor a su patria.

Su S. S. y amigo,  
Alfredo Quiel